

Recuerdos desenterrados

¿Quién podría predecir que todo puede suceder en tan poco tiempo? En el trayecto de las agujas del reloj, en lo que se tarda en pestañear, todo el mundo cambió.

Se oyó el resonar de los zapatos de suela fina, que iban acompañados de un cántico propio de los pájaros al atardecer. La primavera era su estación favorita. Los atardeceres se vuelven más hermosos, gracias a que los días eran más largos, pero en éstos también se siente una gran tristeza en los colores despidiendo al sol, sin embargo había un sentimiento extraño que parecía que sólo él podía percibir, el miedo, la razón, por mucho que meditara, era muy difícil de adivinar, pero sentía el miedo que había en la naturaleza y, por alguna razón, en él.

Siguió andando inmerso en sus pensamientos, mientras que el ruido de una manada de pájaros alzando el vuelo le servía de banda sonora.

Sintió, por primera vez, que tocaba tierra en cuanto, un hombre, de una edad difícil de calcular debido a que sólo se le veía el pelo y los ojos, pues llevaba un pañuelo cubriéndole la boca, chocaba con él de forma brusca.

—Disculpe, señor, no prestaba atención, disculpe de nuevo y buen día. —Enseguida sintió como las mejillas se tornaban de un color rojo, se riñó mentalmente por no prestar atención y continuó su camino.

El hombre de indeterminada edad se quedó ahí, parado en la mitad del puente petrificado, siguiendo con la mirada al hombre que se alejaba con paso firme.

Su rostro, sus cejas, sus ojos profundos como el más grande de los océanos, solo podía pertenecer a una persona: Robert.

No, es imposible, pensaba, ¿cómo podía ser?, a menos que hubiera salido de debajo de la tierra no era posible nada de eso. Intentó autoconvencerse, pero la decisión de la identidad del cabello había sido tomada desde el momento en que sus ojos hicieron contacto.

“Te mintió” escuchó a alguien decir, una voz amargamente conocida que retumbaba en su cabeza. “Nunca te quiso” mientes, él naufragó, murió, no es ningún estafador.

Cerró los ojos, no quería oír una palabra más, porque, simplemente, no tenía razón. Pero no había nadie que la callara.

“Lo hizo porque quería librarse de ti, nadie te quiere”. En sus labios sintió un sabor salado que los envolvía, fue en ese momento cuando se percató de que estaba llorando. Las lágrimas se acumulaban y le nublaban la vista, sabía que aquella voz estaba equivocada, no podía ser él, él lo había querido, como en tantas ocasiones le demostró.

Su cerebro tomó la decisión que él no se atrevía a tomar, comenzó a caminar tras Robert, antes de que desapareciera, otra vez, de su vida. Palmeó el bolsillo de su abrigo y asintió para sí mismo, lo llevaba.

Esperó a paso cauto tras él, que iba admirando cada detalle que podían apreciar sus ojos, mientras que el enmascarado solo podía fijarse en él, que seguía andando de la misma manera.

Un grito se escuchó. El miedo de la persona que había chillado era palpable al igual que el temor que había transmitido a sus oyentes. Todo paró durante una milésima de segundo.

Todos eran consientes del chillido menos él, que apresuró el paso, sacó el objeto de su bolsillo y, antes de que su presa volviera a retomar el paso se lo clavó, de forma superficial, en las costillas, tenía una camisa por lo tanto no hacía falta profundizar mucho para notarlo. El miedo que había sentido antes por la persona que había vociferado ahora lo sentía por él mismo.

—Camina normal, sigue mis instrucciones y como intentes escapar te lo clavo entre las costillas.

El hombre, inmovilizado por el miedo, escuchó que el individuo que lo amenazaba decía algo más, pero no podía seguir las instrucciones ya que no había entendido nada.

Todo este tiempo había vivido en la misma ciudad, a lo mejor a pocos kilómetros de su casa, mirando por la ventana con su gato ronroneando en sus rodillas mientras llueve, eso le provocaba más ira y le hundió el cuchillo, saliendo un hilo de sangre que se perdió en la cintura de los pantalones. Robert no se inmutó, el miedo dominaba todo el cuerpo

—Derecha —obedeció como un perro a su dueño.

Bajaron a la playa y enseguida le obligó a acostarse en la arena. Quería tenerlo como una persona débil porque se había pasado cuatro años sufriendo una pérdida que nunca llegó a existir.

Sólo pudo pensar en aquel día, que le dijeron que había muerto. Había fungido no respirar en aquel cuarto donde lloró durante incontables horas sobre su pecho, bajo la asquerosa mirada del forense que nunca se llegó a creer lo de que fueran hermanos.

Únicamente tenía una pregunta, ¿por qué? Necesitaba una repuesta, pero las palabras se habían atragantados y no podía mostrar la debilidad ante él.

—Te fuiste, me abandonaste, Robert. Tendrías que haber muerto después de que el barco naufragara, ¿a cuántas personas convenciste para que dijeran que estabas muerto? ¡¿Eh?! ¿Qué querías?, ¿verme destrozado? —En cada palabra iba aumentando el tono de voz.

Entre el llanto y el miedo el hombre contestó:

—No sé quién eres, no me llamo Robert, no te conozco de nada.

Aquellas palabras se convirtieron en dagas hacia su corazón, que un “no conocer” eran en realidad tres años de noviazgo. El hombre tendido en la arena giró el cuello intentado ver si encontraba a alguien que le salvara de aquella situación surrealista, no parecía un hombre violento, pero en estado de máxima locura, sería impredecible.

En cuanto volteó el cuello, sus ojos divagaron a su marca de nacimiento que no ocupaba el lugar que le correspondía. Tres lunares, más grandes de lo normal, formando un triángulo perfecto.

Los recuerdos le despertaron más ira. Lo que desembocó en locura. Y eso en asesinato.

El cuchillo no le haría el daño que él pretendía. Lo primero que probó fue la satisfacción de hacer lo mismo que él le hizo, dejándolo ciego, no veía nada cuando él fingió cerrar sus ojos para siempre, y entonces él tampoco veía nada. Colocó las dos rodillas a los costados de su cadera y entre risas que iban en aumento. Le apretó los ojos sintiendo el crujido entre sus dedos. Más tarde le asestó tantas veces el cuchillo que perdió la cuenta a partir de la décima.

Empezó a pegarle, hasta que su piel se volvió de un tono rojizo. Su mente solo podía pensar en los años compartidos, más de una mentira contada para ocultar lo evidente, la vida perdida entre sus dedos. Robert desapareció de su vida, dejando un vacío similar al de estar bajo el agua y no poder respirar, hasta que el hombre bajó, él no paró de gritar, no pudo sentir que volvía a respirar, había conseguido salir de agua.

Dejó de respirar.

Se tiró en la arena y pensó en todo lo que le rodeaba, incluso en el cadáver. En cuanto desaparecieron los últimos rayos de sol tendría que esconder el cadáver y se preguntó: ¿Dónde? En la arena sería fácil de encontrar por innumerables razones, ni en el agua pues pasados los días el cuerpo subiría. Pero no tenía tiempo de pensar en eso, cortó los miembros con tanta paciencia como si estuviera cortando una manzana.

Más tarde los repartió por todos los lugares que se le ocurrieron. Y empezó a andar sin ningún tipo de culpabilidad, con una gran sonrisa. Había matado a un fantasma, pocos podían decir eso.

Mientras que a muchos kilómetros, se encuentra, tras una lápida de un tal Robert Smith, un cuerpo que lleva esperando desde el día que fue enterrado la visita de su amado.

Paola Hdez. Martin. 4ºA



Historia inspirada en el cuadro *"El grito"* de Edvard Munch pintado en 1893, perteneciente al expresionismo.